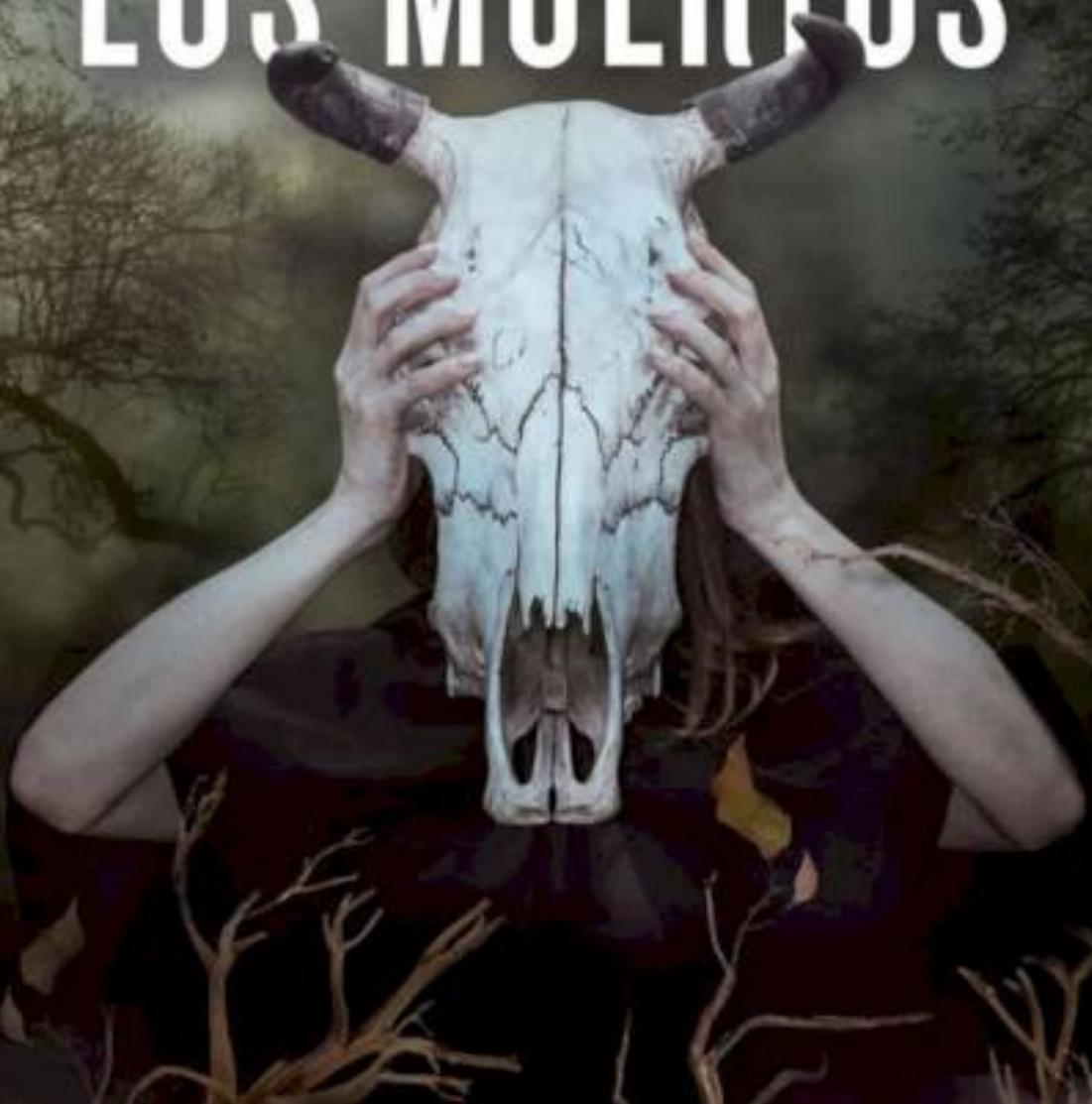


NAGORE SUÁREZ

EL RITUAL DE LOS MUERTOS



«Habían pasado casi siete meses desde que volviera a la casa indiana de mi abuela con la intención de pasar el verano y asistir a un festival de música. Siete meses desde que aparecieran unos huesos en el jardín, que resultaron estar relacionados con mi madre y con lo que ocurrió en el pueblo durante el verano de 1978, cuando ella aún era una adolescente. Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho».

A veces el destino impone su voluntad. Cuando el padre de un amigo fallece, Anne regresa a la Ribera Navarra para asistir a su funeral, a pesar de que aún sigue teniendo pesadillas con lo que ocurrió la última vez que estuvo allí. Pero el hallazgo de un cadáver cerca del cementerio lo cambiará todo, y lo que parecía una corta estancia se convertirá en el comienzo de un nuevo misterio.

¿Qué está pasando en el pueblo? Anne no puede evitar obsesionarse con esta historia que adquiere tintes cada vez más oscuros. ¿Narcotráfico? ¿Profanaciones de tumbas? Poco a poco, la protagonista se verá envuelta en una investigación que involucra tanto a sus viejos amigos de la infancia como a Gabriel Palacios, el inspector de la Policía Foral con quien vivió una breve pero intensa historia de amor.

Tras el éxito arrollador de *La música de los huesos*, Nagore Suárez retoma el escenario y los personajes en una nueva novela llena de intriga y secretos del pasado. Este *thriller* magistral consagra definitivamente a la autora como una de las grandes escritoras del género en nuestro país.

*A mi abuelo Ani, que alimentó siempre
mi amor por los libros y que hubiera
sido mi más orgulloso lector.*

*El sueño va sobre el tiempo
flotando como un velero.
Nadie puede abrir semillas
en el corazón del sueño.*

FEDERICO GARCÍA LORCA,
«La leyenda del tiempo»,
en *Así que pasen cinco años*

Prólogo

—Ahí fuera yo soy bueno. ¿Entiendes? Soy una buena persona, alguien cualquiera. Pero cuando entro en este cuarto, entonces dejo de ser yo. Entro en otro mundo. Aquí ya no soy el mismo.

Aquellas palabras le provocaron náuseas. O quizá fuera la visión del cuerpo de Lucía, que yacía con el cráneo aplastado a menos de un metro de ella. El pelo rubio teñido ahora se había convertido en una maraña rojiza, y el suelo de cemento estaba encharcado de sangre. Sentía que la cabeza le daba vueltas. ¿Qué había tomado antes? No lo recordaba. Las últimas horas se confundían entre ellas, se hacían indistinguibles. Solo podía pensar en el martillo impactando en la cabeza de su amiga, destrozando el hueso, liberando trozos de masa encefálica, después de que hubiera intentado pelear, escapar. Ella no tenía fuerzas para tanto. Intuía que ella era el verdadero objetivo, pero Lucía se había negado a despegarse de su lado. Por eso había acabado allí, en aquel infierno.

El aire estaba viciado, el olor a putrefacción y el humo inundaban el ambiente. Un aroma dulzón y repulsivo que se le pegaba a la piel y le hacía aún más difícil respirar. La estancia era un museo de los horrores: mirara a donde mirase tan solo veía muerte. La luz de las velas iluminaba el rostro del hombre que estaba frente a ella. Tenía los ojos brillantes, la frente cubierta de sudor y la camiseta llena de salpicaduras de sangre. Parecía estar casi en trance, en éxtasis.

Intentó soltarse las muñecas sin éxito, sentía el cuerpo paralizado por el pánico. Sabía qué era lo que venía después. No había escapatoria posible. La puerta y las ventanas estaban cerradas, nadie oiría sus gritos a través de las paredes de piedra. Rezó, lloró y suplicó, pero nada surtió efecto.

–Algún día Dios te castigará... –susurró mientras él la agarraba del pelo y sostenía su cabeza hacia atrás.

El cuchillo atravesó piel, músculo y cartílago, mientras ella, aún consciente, observaba la sangre abandonar su cuerpo.

–Gracias a ti, no me castigará nadie –respondió él.

1

Ánimas

Dicen que todas las leyendas esconden algo de realidad. Aquella tarde de principios de febrero, mientras la lluvia caía suavemente sobre las lápidas del cementerio, me vino a la mente una de las más populares de Bécquer, que había leído varias veces en el instituto: «El monte de las ánimas». Según contaba, la Noche de Difuntos, templarios y nobles, muertos tiempo atrás en una lucha inútil, se levantaban de sus tumbas y vagaban por el monte envueltos aún en los jirones de sus sudarios. Y entonces, doblaban solas las campanas de la capilla y el lugar se volvía intransitable para los humanos; cualquiera que pusiera un pie allí no regresaría a su casa con vida. Me pregunté cuántos curiosos se acercaban todavía en la noche del 1 de noviembre a aquel paraje, con la esperanza –y el temor– de encontrarse con las ánimas de los muertos y quizá, quién sabe, con los mismísimos Beatriz y Alonso, los desdichados protagonistas de la historia del escritor romántico.

No fue casualidad que me acordara en ese momento de Bécquer y de su monte de las ánimas. Esa mañana, cuando conducía por la autovía, había pasado por Soria. No había llegado a entrar en la ciudad, ya que mi camino se desviaba antes hacia la sierra de Cameros. Para llegar hasta el pueblo –sin pagar peaje– hacía falta atravesar una estrecha carretera de doble sentido llena de curvas que

discurría entre montañas rojizas dignas del lejano Oeste – buitres incluidos–, bosques ahora casi desnudos, un embalse y pequeños pueblos junto al río Iregua. Era la primera vez que tomaba aquella ruta, y, como había salido muy pronto de Madrid, había aprovechado para hacer un par de paradas.

Desayuné un café y un cruasán de tamaño considerable en un bar de Villanueva de Cameros, al lado de una pequeña gasolinera y de una ermita escondida entre unos árboles, a la que se llegaba bajando unas escaleras. Más tarde, paré a un lado de la carretera en una fuente de piedra llamada Los Eros, donde llené la botella de agua helada, saqué a Dalí a hacer pis y estuve a punto de pisar a unos agradables limacos, una especie de babosas negras gigantes, que se arrastraban plácidamente cerca del pilón cubierto de verdín. En realidad, si hacía balance, aquella había sido una mañana bastante intensa.

El día anterior había recibido una llamada de Paloma para contarme que el padre de Abel, después de un par de meses luchando contra un repentino cáncer de colon, había fallecido. Así que había preparado mi habitual maleta llena de «por si acaso» y había partido en dirección al pueblo. No había podido estar allí durante el tiempo en el que había estado ingresado en el hospital y, justo por eso, no quería faltar a su funeral.

–¿Crees que queda mucho? –me susurró Paloma.

A lo lejos se escuchaban las palabras del cura, amortiguadas por el sonido de la lluvia. Intenté mover la mano con la que sujetaba el paraguas, pero hacía tanto frío que, aunque llevaba guantes, apenas sentía los dedos. Por lo visto, había llegado una borrasca con nombre de señora, que amenazaba con equiparar las temperaturas de Navarra a las de Finlandia.

–Espero que no –respondí yo en el mismo tono–. Me estoy congelando.

Paloma sacó un pañuelo de papel usado del bolsillo para limpiarse la nariz.

–¿Estás segura de que vas a dormir en tu casa? Te vas a morir de frío.

–Tranquila, Rogelio ha puesto la calefacción esta mañana, y encenderé la chimenea del salón.

–Entonces soy yo la que se va a dormir contigo..., no creo que aguante a mi hermana tanto tiempo –contestó bajando aún más la voz.

Miré hacia mi derecha. Pude ver a Irene, la hermana mayor de Paloma, junto a Carmen, su madre, a unos metros de nosotras. Por suerte, no parecía habernos oído. Las hermanas no podrían ser más diferentes: mientras que Paloma había heredado el pelo extremadamente rubio y la altura de su madre, Irene apenas rozaba el metro sesenta y tenía el pelo y los ojos castaños. Pero había un rasgo que sí compartían: la misma naricilla afilada de elfo.

Seguí recorriendo el cementerio con la mirada. Había mucha gente reunida allí, medio pueblo había acudido al entierro. El padre de Abel era toda una institución –el dueño de las bodegas más importantes de la zona– y todo el mundo había querido hacer acto de presencia. Busqué entre la multitud alguna cara familiar, pero reconocí a pocos: el camarero de El Guacamayo, la panadera... Algunos me miraban con desconfianza o cuchicheaban entre ellos. El impacto de lo ocurrido el verano pasado aún no había desaparecido, y eso que no conocían ni la mitad de la historia.

–Está allí –dijo Paloma señalando un punto a la izquierda, cerca de la puerta.

–¿Qué? ¿Quién? –pregunté desconcertada.

–Gabriel Palacios. No disimules, estabas intentando localizarle.

Miré fijamente al suelo. Paloma tenía razón, en el fondo tenía la esperanza de descubrirle entre la gente, aunque no sabía muy bien por qué.

–Mierda... No quiero que me vea.

–Un poco tarde. Pero, tranquila, no creo que vaya a venir a saludarte.

No podía contradecirla. De hecho, tal como habían acabado las cosas entre nosotros, lo más probable era que Gabriel no fuera a saludarme en un tiempo. Y lo cierto era que me lo había ganado a pulso.

Habían pasado casi siete meses desde que volviera a la casa indiana de mi abuela con la intención de pasar el verano y asistir a un festival de música. Siete meses desde que aparecieran unos huesos en el jardín, que resultaron estar relacionados con mi madre y lo que ocurrió en el pueblo durante el verano de 1978, cuando ella aún era una adolescente. Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho.

Regresé a Madrid y, después de pasar unas semanas en casa de mi madre, donde recibí más cuidados –aunque quizá peor comida– que en un hospital, volví a mi microscópico apartamento en La Latina. Me acostumbré rápido a la rutina acelerada de la ciudad y, sin embargo, nada volvió a ser lo mismo. Y no por las pesadillas o las pastillas para calmar la ansiedad, que me ponía bajo la lengua cuando sentía que no podía respirar. Había algo más, algo que aún no conseguía identificar. Una sensación de miedo y, a la vez, la necesidad de volver allí, al lugar donde empezó todo. Pero siempre ganaba el miedo.

Había pensado en ir de visita, claro. Varias veces, de hecho. Pero después buscaba alguna excusa, algún plan que surgía el fin de semana o trabajo pendiente. Y, poco a poco, fui distanciándome de todo lo que tuviera que ver con el pueblo. Era más cómodo así, aún no me sentía preparada. En Madrid todo parecía más lejano, más irreal...

La casa, el verano, el festival... eran como un sueño, un escenario de una vida pasada.

Al principio, hablaba con Gabriel casi a diario: mensajes, alguna llamada..., la promesa constante de que volvería pronto siempre flotaba entre nosotros. Y después, poco a poco, dejé de contestar. Las conversaciones se volvieron cada vez más cortas, cada vez menos frecuentes, hasta que un día: silencio. No hubo ninguna explicación –ni él me la pidió–, ningún drama, ninguna discusión. Simplemente, igual de rápido que había empezado todo, se terminó. O, mejor dicho, lo terminé.

–Vamos, tenemos que ir a dar el pésame. Ya han acabado –me apremió Paloma, empujándome ligeramente por la espalda.

La seguí hacia la cola de gente que se acercaba a Abel y a su madre, intentando no sacarle un ojo a nadie con el paraguas. El cementerio no era muy grande: un rectángulo de muros de cemento rodeado por unos cipreses un tanto mustios. La pared del fondo estaba llena de nichos y el resto eran tumbas con lápidas de piedra, algunas de las cuales tenían fotos; otras, pequeñas estatuas... Solo había dos panteones modestos y, evidentemente, uno de ellos pertenecía a los Arbaiza.

–Lo siento mucho –le susurré a Abel mientras le abrazaba cuando, por fin, llegamos hasta ellos.

–No tenías que haber venido, esto está muy lejos –respondió.

–¡No tiene nada mejor que hacer! Trabaja desde casa –intervino Paloma acercándose para abrazarle.

Abel no pudo evitar sonreír por un momento. Paloma tenía ese don: su eterno buen humor era contagioso, hasta en situaciones como aquella.

–Nos vemos antes de que me vaya, ¿vale? –le dije a modo de despedida a Abel.

Él asintió antes de girarse para seguir atendiendo al resto de los familiares y amigos de su padre. La cola pare-

cía interminable.

–Lo tiene que estar pasando fatal. Perder a tu padre y además así, en tan poco tiempo –le comenté a Paloma mientras salíamos del cementerio.

–Un cáncer fulminante... Aunque Abel llevaba ya un tiempo raro, desde antes de lo de su padre.

–¿Qué quieres decir? –pregunté extrañada.

Mi relación con Abel no era tan estrecha como con Paloma.

–No sé... quizá me equivoque, pero no lo he visto mucho últimamente. Hace ya un tiempo que ha empezado a frecuentar unas compañías digamos... diferentes.

–¿Diferentes? ¿A qué te refieres?

Paloma abrió la puerta de su Golf y cerró el paraguas. Prácticamente había dejado de llover.

–¿Por qué no me invitas a un vino en esa mansión tuya y me ahorras tener que asfixiar a mi hermana con una almohada?

–Me parece bien, no quiero más muertes por hoy. Pero cuando lleguemos me sigues contando.

Dejé a Paloma para ir a mi coche, que estaba aparcado unos metros más atrás, en un camino de tierra. El cementerio estaba en las afueras del pueblo, rodeado de huertas y de algunos árboles que hacían compañía a los cipreses.

En ese momento vi a Gabriel, junto a la tapia, hablando con un matrimonio de unos sesenta años que deduje serían sus padres. Desvié la mirada rápidamente, pero sabía que me había visto. No me sentía capaz de acercarme, ni mucho menos de mirarle a los ojos. Quizá fuera mejor así. Me sentía bastante avergonzada por cómo había terminado mi relación con él.

Entré en el coche y, mientras me alejaba del cementerio, volví a pensar en la leyenda de Bécquer. En las ánimas que revivían en la Noche de Difuntos. ¿Por qué nos daban tanto miedo los muertos? ¿Qué era lo que nos asustaba tanto de los cementerios, lo que nos aterrorizaba cuando

de niños jugábamos a ver quién de nosotros conseguía acercarse más a la puerta de entrada? ¿Eran los difuntos o era, quizá, la posibilidad de unirnos a ellos bajo tierra?

2

Hogar

Lo primero que hicimos al entrar en la casa –después de rascarle las orejas a Dalí– fue encender la chimenea del salón. Rogelio había puesto la calefacción por la mañana, pero calentar mínimamente aquella mole requería muchas más horas. Ni Paloma ni yo teníamos mucha práctica, así que el proceso fue más largo de lo esperado y estuvo a punto de costarle a mi amiga las pocas cejas que tenía. Cuando por fin conseguimos mantener un fuego decente, nos dejamos caer en el sofá lo más juntas posible –como hacen los pingüinos emperador cuando hace frío–, nos tapamos las piernas con una manta de ganchillo y abrimos una botella de Barón de Ley que cogí del mueble de las bebidas.

–Menos mal que no he tenido que bajar a la bodega –suspiré aliviada.

La bodega estaba en el sótano y era –obviamente– el lugar más frío y húmedo de toda la mansión. En realidad, la Casa del Mexicano era mucho más agradable en la época estival. Entonces se agradecía el frescor que proporcionaban los muros de más de cien años de antigüedad.

–¿Qué sientes al estar otra vez aquí? –me preguntó Paloma mientras se llenaba la copa de vino.

Me encogí de hombros.

–No sé. Por un lado, tengo la sensación de que ha pasado mucho tiempo y, por otro...

–Y por otro lado parece que todo pasara antes de ayer –dijo terminando mi frase.

–Sí, supongo que sí –reconocí.

–Pero te ha dado tiempo a cambiar de trabajo y hasta de novio –comentó con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientecitos de vampiro.

–Eso no es del todo verdad... –me defendí.

Era cierto que a los dos meses de volver a Madrid –después de mucho bucear en LinkedIn– había encontrado trabajo en una pequeña revista digital de *Lifestyle*. Lo bueno era que trabajaba desde casa, por un sueldo precario pero aceptable. Lo malo, que el noventa y cinco por ciento de los artículos que escribía eran recopilaciones de consejos, curiosidades, recomendaciones de restaurantes, recetas o incluso contenido patrocinado por marcas. Cualquier cosa que fuera jugosa en las redes sociales y consiguiera atraer visitas a la página web de la revista. No obstante, teniendo en cuenta la situación del mercado laboral para los jóvenes, que incluía prácticas apenas remuneradas que se extendían durante años o trabajos de falsos autónomos, y a pesar de que aquel puesto estaba muy lejos de la idea que tenía cuando dejé mi trabajo en la agencia de comunicación, la verdad es que no podía quejarme...

Respecto a lo del cambio de novio, Paloma estaba completamente equivocada.

–¿Así que ahora me vas a decir que Oier y tú no estáis juntos? –insistió.

–Nos estamos conociendo –puntalicé.

–Pensé que ya os conocíais –sonrió.

Me hundí un poco más en el sofá, estaba demasiado cansada para aquella conversación, había sido un día muy largo. Oier Ballearena había sido uno de mis compañeros de instituto en Pamplona, y hacía unos meses nos habíamos reencontrado casualmente en Madrid. Fue poco antes de Navidad. Yo había quedado con Alicia y Sara, mis antiguas compañeras en la agencia de comunicación, para